

Image not found or type unknown



Economía

El dinero impreso acaba con las empresas

ECONOMÍA

14_07_2020

**Riccardo
Bonsignore**



El proceso de expansión monetaria ha ido avanzando a un ritmo acelerado durante más de un siglo y en los últimos años se ha acelerado a un ritmo impresionante. Después de haber analizado los efectos en la comunidad, veamos los efectos en el sector productivo.

Un factor relevante es la desaparición del espíritu empresarial, de aquellos que ponen sus ahorros a disposición de su empresa y la empresa a disposición de la sociedad para producir bienes útiles a la comunidad. En un contexto en el que la disponibilidad económica del mundo financiero es dos órdenes de magnitud mayor que la de los inversores individuales, ningún empresario es capaz de construir con sus propios ahorros empresas que sean capaces de competir con las que tienen un acceso fácil y privilegiado al dinero recién impreso. Un empresario con 1 euro ahorrado puede invertir ese único euro, un banco con 1 euro de reserva puede prestar 100 euros a quienes accedan a esos fondos. La competitividad está falseada y las grandes empresas son cada vez más grandes mientras que las pequeñas están destinadas a fracasar. Y las

empresas propiedad de individuos desaparecen en el tejido productivo mientras que las sociedades propiedad de fondos, bancos o en cualquier caso en manos de las finanzas crecen y prosperan. El emprendedor desaparece y el papel de los gerentes que administran los activos de otros crece con una lógica siempre de corto plazo porque está ligado a la duración de su mandato y no a la perpetuidad de su patrimonio.

Al mismo tiempo, vemos una progresiva “financiarización” de la economía. De hecho, el proceso inflacionario no es instantáneo sino progresivo y tiene tiempos de asentamiento más o menos largos que facilitan a quienes entren en primer lugar a tomar posesión de la moneda recién impresa. Hablamos de ahorro forzado impuesto a los que se someten al proceso, mientras que los que tienen acceso inmediato a esos fondos pueden enriquecerse y gastar casi sin límites. El mundo de las finanzas se convierte en el “dueño del mundo”, así como los Estados, que siempre disfrutan de un acceso privilegiado a las fuentes de financiación. Estamos asistiendo al desarrollo cada vez más generalizado de un capitalismo clientelar en el que las relaciones con los que gobiernan la moneda son indispensables para el crecimiento y la competitividad, más que la eficiencia y la habilidad. Al mismo tiempo, la asistencia social puede hacer grandes promesas siempre y cuando sean promesas de “comerciante”, porque sólo dan en la medida en la que se lo quitan a alguien que no es consciente del proceso en curso.

Por último, aunque la verdad es que el tema requeriría un estudio más profundo que es imposible realizar aquí, la inflación es la causa de los ciclos económicos y los fracasos periódicos que afligen a nuestra sociedad. Los primeros que acceden al dinero recién impreso pueden hacer inversiones y poner en marcha negocios que no serían capaces de gestionar sin él. Por lo tanto, genera una euforia temporal en el mercado, un aumento repentino de los salarios y del volumen de negocios de las actividades inducidas que acaban de comenzar. Pero después de que el proceso inflacionario ha tenido lugar, uno se da cuenta de la naturaleza antieconómica de estas actividades, que de repente se ven incapaces de proceder de manera rentable, y la crisis y el desempleo afligen periódicamente a la sociedad.

Estando así las cosas, ¿quiere decir esto que la impresión de dinero y la inflación son siempre algo negativo? Efectivamente tienden a serlo, o al menos no es bueno que sean elementos estructurales.

La velocidad de la recaudación de fondos sólo puede justificar la impresión de dinero en casos extraordinarios en los que la rapidez de la intervención socialmente indispensable es incompatible con la recaudación tradicional de impuestos. Pensemos en el caso de las guerras o, para mantener la actualidad, las epidemias. Pero en

cualquier caso la impresión de dinero puede resolver problemas urgentes y limitados en el tiempo como el sustento de un sistema de salud que debe ser rápidamente reforzado para hacer frente a una emergencia. Pensar en imprimir dinero para salvar a la economía en su conjunto de una crisis más profunda que abarque a toda la sociedad civil es un grave error, tanto por los efectos secundarios que hemos enumerado como por el hecho de que no es capaz de resolver la situación, sino sólo de aplazar el problema a las generaciones siguientes causando crisis aún peores.

Concluamos con algunas notas éticas de teólogos anteriores. Cuando el pensamiento católico, interpretado en su momento por los teólogos y confesores de la Escolástica Tardía, se encontró frente a un contexto social y económico “capitalista”, es decir, un contexto en el que el ahorro y la inversión desempeñaban ya un papel fundamental en el desarrollo de las actividades productivas, profundizaron en el tema de la usura sin negar su condena. Reconocieron la presencia de valores extrínsecos capaces de justificar la aplicación de intereses. Los títulos eran el *Lucrum Cessans* y el *Damnum Emergens*: es decir, si prestar dinero requería un sacrificio ligado a la imposibilidad de utilizar esa suma para otros fines productivos; no el préstamo en sí, sino esa renuncia, podía merecer y permitir el pago de un “premio”, de un excedente más allá del capital prestado.

Aplicando estos criterios, Bernard Dempsey S.J. (1903-1960), historiador, teólogo y economista, definió en los años cuarenta que la sociedad en la que vivimos es de “usura institucional”. El sistema económico en el que vivimos, el modelo bancario establecido es un sistema en el que los préstamos e hipotecas no proporcionan ningún *Damnum Emergens* porque se basan en dinero creado para la ocasión que no impone sacrificios a quienes lo prestan. Por consiguiente, son por definición préstamos usurarios. De ahí el concepto de usura institucional que impregna profundamente el aparato económico en el que operamos y que destruye la capacidad de las personas de colaborar provechosamente para el Bien Común.

2. Fin

1. Las políticas monetarias expansivas acaban con el ahorro y la responsabilidad